

tonces había mantenido la estabilidad de la situación empezó a quebrantarse; las cotizaciones de la Bolsa descendieron considerablemente, el valor territorial sufrió una súbita depresión que luego se fué acentuando, y síntomas de inquietud y desconfianza aparecieron aquí y allá, en todas las partes del cuerpo social. En el primer semestre de 1890 se precipitó el desastre. El Banco Nacional, que vacilaba sobre una pequeña base metálica enrarecida por las últimas extracciones, perdió pie, y el día 5 de julio suspendió la conversión de sus billetes ante el estupor de la población.

El pánico que se apoderó de la población el día 5 de julio de 1890 es sólo comparable al terror del «black Friday» de 1866 en Londres. El país asistió al súbito derrumbe del fantástico progreso creado por la especulación y el desorden. En horas, los valores ficticios se esfumaron sin dejar más huella de su existencia que los papeles impresos y los fabulosos quebrantos de las liquidaciones. En cuanto a los valores reales, amplificadas por la especulación, descendieron a precios ínfimos, arrojados a manos llenas por los vendedores aterrados. La Bolsa se convirtió en un campo de batalla donde cayeron uno a uno, todos los combatientes. Cuando la calma sucedió al ardor de la lucha, pudo verse la magnitud del desastre. Bancos y compañías quebrados, fortunas destruidas, industrias aniquiladas, empresas desvanecidas, ruidosas bancarrotas, escombros y ruinas, era todo lo que dejaba tra sí la prosperidad de la víspera. Y como despojos del terrible naufragio quedaban aquí y allá, barrios surgidos de la nada, edificios monumentales a medio construir, rutilantes palacios, trenes y atalajes, joyas y objetos de arte, entregado todo a la ignominia de la usura y la almoneda.

Tal es el cuadro de la crisis de 1890 de la que fué factor principalísimo el Banco Nacional y en la cual cayó éste envuelto para no levantarse ya, no obstante los esfuerzos realizados por el Gobierno de la época para salvarlo del desastre.

JUAN CARLOS GOMEZ Y ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

Estos dos ilustres ciudadanos fueron amigos desde la niñez. Gómez recordó en una carta memorable los días en que ambos se reunían en la vieja casa de los Magariños, detrás del Fuerte, para exaltarse con la lectura de Byron y Víctor Hugo. Las pasiones políticas rozaron a veces esta fraternal amistad pero ella salió siempre incólume de la prueba.

En 1857, cuando estalló la epidemia de fiebre amarilla en Montevideo, Gómez, expatriado entonces en Buenos Aires, determinó trasladarse de inmediato a su ciudad natal con el objeto de ayudar a cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos. Antes de hacerlo se despidió de sus lectores de *La Tribuna* con una hermosa carta en la que

decía que en aquellos momentos él tenía que estar «al lado de los que sufren y de los que mueren».

Magariños Cervantes, que en esos días estaba distanciado de Gómez en razón de que su función de Cónsul General de la República en Buenos Aires era ingrata al proscripto, al leer aquella carta, escribió inmediatamente a su amigo para ofrecerle su cooperación y aún su persona en el sitio del peligro y para tenderle la mano sin rencor.

Gómez, que esa misma tarde se embarcaba para Montevideo, fué en seguida a casa de su amigo a darle un abrazo, y no hallándole, le dejó este noble billete:

«Mi querido amigo: Su carta me ha conmovido profundamente. He venido a darle un abrazo porque ella lo honra a Ud. sobremanera, y me prueba que es usted el hombre de corazón que tuve la fortuna de adivinar a sus quince años y no he dejado de querer cuando que sufren y de los que mueren».

Juan Carlos